

Gracias por ver el video. ¡Gracias por ver el video!

...de acceso directo a la universidad... ...para mayores de 25 años. La emisión de Acceso de los Martes... ...la segunda después de la pausa de las vacaciones navideñas... ...trata de lenguaje. Escucharemos una lección de literatura... ...que ha escrito Sagrario Rodríguez Martín Montalvo... ...sobre la prosa medieval. Es fundamental a este respecto... ...hablar de Alfonso X el Sabio. El Sabio

Hasta hace muy poco tiempo, y ya sabes que yo llevo aquí ejerciendo la enseñanza hace diez años, no me había decidido nunca a dar la oportunidad al alumno de salvar su paso, su aprobado en la asignatura, hablando del rey sabio. No fue mía la idea, sino vuestra, la de poner la prosa alfonsí como tema de examen. Y debo agradecerse a Vicente Granados, que fue a quien se le ocurrió. Y digo lo de agradecerse por varias razones. La primera y más personal es que para él fue una especie de sentido homenaje a la edición del lapidario que hace tres años daba yo a la imprenta. ¿Y entonces cuál crees tú que es la razón? ¿Qué interés le ves tú en la actualidad a nuestro rey sabio? El interés para los aficionados a la historia, bien sabes que está más que justificado, y puede que haya sido siempre una de las figuras que más han atraído. Ahora bien, pese a dejar tras sí, o quizá, por ello mismo, tanto te estoy...

escrito su realidad humana los límites de su autoría no suelen quedar muy bien perfilados cuando los aborda el estudioso de la historia externa al lenguaje no nos ha sido permitido conocer a fondo lo extenso de su obra y el historiador tiende a magnificar la labor científica del rey en vista de los escasos logros de su gestión como gobernante ya sabes la frase conocidísima del padre mariano de tanto mirar las estrellas se le cayó la corona a partir de la pasada centuria los eruditos sobre todo el padre la fuente gran propulsor de la libertad religiosa y por cierto el mejor defensor de la descentralización del poder han tendido a magnificar la labor de concordia ejercida por el rey por una parte y por otra a desfigurar la aportación quizá desmesurándola de las dos grandes culturas que alfonso sintonizó con la suya propia cristiana hoy gracias a la labor inestimable de la cultura de la vida de los hechos de la vida de los hechos de la vida y hechos de la bombardeo de la iglesia y de los hechos de las o Poker

Antonio Solalinde, continuada en Norteamérica por el profesor Casten, en Ginebra por los discípulos de Steiger y en España por los discípulos de Ramón Menéndez Pidal principalmente, estamos perfilando mejor la verdadera semblanza del monarca castellano, aunque los manuales de literatura distan mucho de dar una visión certera de su obra en relación con la dimensión histórica en la que surge. Y no se consigue captar la imagen precisa con la debida amplitud y profundidad que la persona merece. Pero tú dices, en la introducción del lapidario, que el autor a quien se lo debemos no es el rey, sino un sabio, un polígrafo judío que debe ser conocido en pura justicia. Sí, y digo también más cosas que puede aprovechar el historiador, pero esta de la autoría es hoy quizás lo que más mueve la pasión y quizás también en estos tiempos en que el demos, los más, son el protagonista retrasado. El rector de nuestros destinos, la raíz del interés con que nos acercamos.

a la prosa de Alfonso el Sabio. Nos apasiona saber que bajo el manto protector de la corona había sabios judíos, libros árabes, que colaboraban con los clérigos en una gran tarea cultural y divulgadora. Hoy, que la desmitificación es el hacer al que yo en pequeña

medida he contribuido, pero con el que no simpatizo nada en sus verdaderos propósitos, hoy casi nos urge pedirle cuentas al rey de esa leyenda de sabio que la historia le ha tejido. Sabemos que la lengua castellana, cuando él accede al reinado, era ya más que tricentenaria. En el siglo X, unos monjes en silos anotaban la equivalencia de expresiones latinas en una lengua romance balbuciente, seguramente con el fin de entender mejor aquellas oraciones que rezaban. Es decir, se pensaba ya en romance. Son las glosas que publicó Ramón Menéndez Pidal y que muy bellamente ha interpretado en su trascendencia Damaso Alonso.

Alonso. El pueblo cristiano cantaba a sus héroes por boca de sus juglares también en castellano. Fernando el Santo, padre de nuestro rey sabio, había asentado nuestra lengua romance para la cancillería. Y a su padre, San Fernando, debemos los opúsculos legales que desembocarán en las monumentales siete partidas. No hay pues, en el rey sabio, una voluntad propulsora absolutamente original, ni siquiera en la valoración del castellano. Por otra parte, sabemos que la tarea de aglutinación científica la inició su abuelo Alfonso el Emperador, al conceder y privilegiar a un tal arzobispo Raimundo la facultad de crear la famosa escuela de traductores de Toledo, donde se traducían los libros médicos y filosóficos, principalmente del árabe al latín. No hay tampoco nada de originalidad en, por una parte, la curiosidad y favorecimiento de la ciencia y su cacareada tolerancia a la ciencia. A mi juicio, su inclusión en la historia de la literatura

debiera reducirse a la redacción del Calila Edigna y el Sandébar, libro de cuentos orientales con propósito moralizante en el que hablan los animales, y a la composición de las cantigas a Nuestra Señora que escribió en gallego. En las cantigas es menor la originalidad, porque se mueve dentro de la tradición trovadoresca, fiado del mayor prestigio en la lírica de esta lengua occitana. El Calila, sin embargo, introduce en Occidente las posibilidades de la fábula tan del gusto oriental. Todo eso que acabas de decir revela una cierta falta de reflexión por tu parte en esta materia, y también en el empleo del término de originalidad. Solalinde, en el prólogo a su antología, llama la atención sobre el escaso mérito que a lo original se le concedía en la Edad Media. Los libros lapidarios y de juegos andaban, dice, como pasatiempos entre los cojines de todas las cortes de los reinos taifas. Y los intentos de historiar los acontecimientos del pasado, con una visión agustiniana, contaban...

ya en Occidente con precedentes latinos tan importantes como Pedro Coméstor, las tablas de Eusebio y otros más que por no venir al caso no cito. A esto debemos añadir que la originalidad pura no existe a nivel humano. Todos partimos de algo previo que nos ha sido dado. Incluso el poeta más inspirado. Sin embargo, en el modo de reaccionar frente a lo recibido, bien aceptándolo, imprimiéndole un sello personal o generacional, bien rechazándolo, intentando buscar nuevos cauces que al fin no serán sino ecos de otro pasado más remoto, un autor, una generación, siempre aportará algo original. En este sentido, Alfonso X, como cabeza aglutinadora, es profundamente original. No sabemos aún a quién encomendó San Fernando la tarea de educar a su hijo. Pero sin duda, sin duda ninguna, fue un poderoso cerebro. Ya en su juventud, le vemos aficionado a recrear los apóstoles,

Apólogos de que antes nos hablabas tú, el Sendebarr y el Calila. Apólogos que circulaban ya en latín entre los monjes. También parece probable que trabajara ya con un buen equipo de juristas en la confección del fuero real y en el setenario. Esta obra legal es de notable

interés. Por primera vez en nuestra cultura vemos cómo el pensamiento español va dando un cimiento racional a la continuidad histórica entre el llamado mundo clásico y el mundo cristiano. Viendo en los mitos paganos un sistema de símbolos en la conciencia del hombre que había de plasmar en el lenguaje consciente cristiano. Vemos también reflejado y justificado especulativamente en castellano el valor esotérico del número. Siete son, si te lo digo. Si te das cuenta, los dones del Espíritu Santo. Siete, las obras de misericordia. Siete, las virtudes. Siete, los pecados capitales. Siete...

Dentro de la mentalidad cristiana medieval son las llamadas artes liberales o disciplinas que se impartían en las universidades. Y siete serán las partes en que se dividirá el cuerpo de leyes con que había de regirse el reino de Castilla. Naturalmente, el astrónomo hablará de siete planetas, contando entre ellos la luna y el sol. Pero nos asombra cómo aún contando con el error, la intuición en el cómputo no falló. Y su visión del entorno astral, fiándose del valor mágico del número, fue bastante más armónica que la de cualquier especialista contemporáneo. Esta obra fue no sólo un ensayo de configuración cosmológica, dentro de la cual era el hombre un signo más dentro del sistema lingüístico divino, sino también un ejercicio gimnástico de las facultades y posibilidades expresivas del castellano. La concatenación y subordinación...

de ideas, requerían de la lengua una disciplina no habitual en el intercambio y comunicación de exigencias personales dentro del área coloquial o de la narración, sin una base doctrinal. La aportación de aquellos juristas anónimos a la lengua castellana, excepto quizá a un tal Jacobo, de origen italiano, es realmente imperecedera, pero su pensamiento hasta entonces no plasmado nos es también muy valioso. Los juristas sabemos, por lo que después manifestarán las partidas, eran los hombres claves para Alfonso X, y es seguro que todos eran cristianos, y que sin duda coadyuvaron a la visión en cierto modo humanística pre-renacentista del mundo en el rey. Este detalle es de singular importancia, porque de su mano vemos como el latín cede ante el rey. El empuje del castellano en una visión más que imperialista, ecuménica, de la propia cultura.

adelantándose en tres siglos a los humanistas de Carlos de Gante. Después, en la gran general historia, nos hará ver cómo el rey, que como todos debemos saber por la historia, aspiró a la corona imperial basándose en derechos de familia, y que además fue elegido por el electorado, aunque tuviera que renunciar a ella por otras preferencias políticas del entonces papa reinante que le había de coronar, este rey, si se quiere megalómano, nos hará ver en su monumental historia que se sentía heredero nada menos que de Júpiter, y por tanto a Dalit no ya de Cristo, sino del occidente cristiano y precristiano. He de aclarar que Júpiter no es tenido por Dios, sino por el primer emperador. He aquí la libertad creadora de estas traducciones. No creo yo que en este sentir occidentalista, si los hay, tuvieran más papel los judíos que el de meros colaboradores científicos, y quizá financieros.

Esto último habría que estudiarlo mejor. Pero Gerald Hilty nos habla, en la introducción al libro de los juicios, de la importancia de los judíos en la decisión del rey de adoptar el castellano como lengua de cultura, frente al latín, que al fin era la lengua eclesiástica y seguramente odiada por los judíos. También lo dice Américo Castro. Eso pensé yo en un principio cuando me circunscribí al estudio del Lapidario, obra como sabes perteneciente también a la época juvenil de Alfonso. Pero en lo que creo que no caímos ni Hilty ni yo, era en la capacidad de diálogo que ha existido siempre entre los hombres de ciencia, sea cual

sea su credo religioso y sea cual sea su especialidad. En esa especie de sentir mesiánico de nuestro rey sabio, comulgaron todos sus colaboradores. ¿Qué no? No fueron todos judíos, ni eran estos los que llevaron a cabo las obras magnas del cuerpo total alfonsí. Por más que para mí signifique...

mucho. La importancia del lapidario dentro del pensamiento total de Alfonso es mínima. Lo mismo que el libro de las cruces y el libro cumplido en los iudicios de las estrellas, si no se tiene en cuenta el maximalismo imperial universalista del rey expresado en la gran e general historia. ¿Hasta qué punto este maximalismo del científico, que al fin es lo más humano, aunque yo como sabes no comulgue del todo con él, tenga una raíz de índole judaica, es otro cantar? Pero este maximalismo científico no es sino un instrumento de poder en la mente de Alfonso X. Un poder benefactor desde luego y previsor, pero controlado por él, o mejor, por un consejo de sabios, no necesariamente clérigos, presidido por él, que sería el cerebro coordinador. Los colaboradores en la labor histórica fueron seguramente cristianos también, y dirigidos por Bernardo de Brigüeda.

Más que cabezas judías como encarnación de un pensamiento religioso diferente al cristiano, lo que vemos es en toda la obra global desde el punto de vista del saber es un afán enciclopédico. Venga este de donde viniera. Para la historia se aprovechan todas las fuentes, árabes, latinas principalmente y hebraicas. Para el derecho, además de los fueros y la jurisprudencia de origen romano, es muy curioso advertir que aquellos juristas descendían a regular no ya los negocios de interés público o privado redundante en lo público, tales como convenios, propiedad o cualquier intercambio de intereses donde el conflicto se pudiera presentar. Aquellos juristas contemplaban largamente. Y las relaciones, hoy más triviales, como por ejemplo la amistad. En las partidas, por otra parte, vemos que la convivencia religiosa podía ofrecer situaciones absolutamente trágicas y que la ley no se dolía en prendas en tal caso.

Los judíos eran obligados a vestir de manera diferente, ¿verdad? Incluso no podían casarse con cristianas. Bueno, eso no es precisamente trágico. También los reyes estaban obligados a llevar insignias de realeza. No, eso no era lo trágico. Además, la lectura de las partidas no te lleva a conmiserarte del judío. Quien tenía un criado judío debía saber que el sábado tenía que renunciar a cualquier tipo de prestación personal porque la ley le obligaba a ello. Nos hablan las partidas de una costumbre que hoy nos resulta escalofriante. Solía ser frecuente entre los judíos crucificar los viernes, principalmente el Viernes Santo, a un niño cristiano que secuestraban. Esto del secuestro de niños sabes que es quizás una leyenda. Pero que cuando el pueblo la refrendó hasta el punto de que aún hoy en Toledo hay una puerta de su catedral llamada del niño perdido,

Debió tener un fundamento. Además que los judíos entonces, tan dados a los símbolos, crucificaran a un niño en conmemoración de aquella crucifixión que los cristianos veneraban es más que posible. No era una moza, era ratificarse. La más viva expresión de que con tal de afirmarse como pueblo elegido, la inocencia del holocausto era nada comparada con la grandeza de su destino como pueblo. Yo no podía dar crédito a esta leyenda popular, pero que las partidas lo contemple como tipo de delito de religión nos asegura de que el terrorismo no se ha inventado ahora. Pues bien, el que lo presenciare estaba no sólo autorizado, sino obligado a lapidar en el acto al crucificante, sin necesidad de la intervención

de la justicia. Él era, en ese momento, la justicia. Y si permanecía callado... Era un delito de confusión.

flagración. ¿Quieres que hablemos de aspectos más positivos y halagüeños de esa convivencia religiosa de la que nos habla, por ejemplo, Américo Castro y que sin duda tú conoces muy bien? Yo creo que en estos tiempos de concordia es lo que más nos puede interesar. Observo que para ti no cuenta para nada el elemento árabe. Siempre haces referencia a los judíos y sin embargo en tu estudio del lapidario hay multitud de arabismos y los historiadores nos hablan de la armonización de las tres grandes religiones en litigio durante toda la Edad Media. No conozco ni un solo colaborador de Alfonso que sea musulmán, ni uno solo. Los libros de astronomía y los astrológicos fueron dirigidos por Yudá Mosén Alcatún o Yudá Mosca, llamado el menor, porque debió ser hijo de otro judío del mismo nombre. En el lapidario le vemos colaborar con un clérigo, Garci Pérez. En el libro de las cruces con un converso argonés, Juan Daspa. Y en el de los...

Yudicios aparece como único traductor de un libro presuntamente árabe atribuido a un tal Ali Abed-Raguel. Parece muy probable entonces que este yudá, astrónomo y médico del rey, sea la única reliquia de los judíos que venían colaborando en la escuela de traductores de Toledo. Ahora bien, no es ni siquiera seguro que las fuentes directas, los libros que estaba la sazón traduciendo, fueran ya árabes. La inmensa mayoría de estos habían sido ya traducidos al latín medieval por los colaboradores del arzobispo Raimundo del que antes hablabas tú. Y los nombres árabes que yo registro y estudio son aquellos tecnicismos que se mantuvieron, no se sabe si por mantener el prestigio que sin duda poseía el árabe en todo el occidente cristiano, o por ser realmente voces huecas de significado, designadoras de sustancias, minerales, en el caso del lapidario, que seguramente ni lo eran. Los mismos escolares de la droguería y la medicina árabe conocían.

Lo que se revela Judá en el lapidario es un gran poder imaginativo, creador y acuñador de expresiones a veces poéticas, poéticas hoy y para nosotros, claro, por el contraste entre la rudeza moral muy propia del médico y la evocación de lo hermético, de lo sacral del mundo agnóstico y de lo animista de la visión de la naturaleza. Quien está acostumbrado a la lectura de textos medievales, pero no ha entrado en el mundo de la medicina antigua en la que la ejaculatoria y la esperanza del poder astral eran la base con la que los médicos curaban a sus pacientes con la escasa ayuda del caldo de perlas o zafiros para el rico o el del mestastro, mistranzo o menta montaraz para el menos rico, para el que desconoce los recursos persuasorios de aquellos científicos, el lapidario apenas le sugiere nada. Sin embargo, la general historia, la crónica general historia, en cuyas posibilidades de flexibilidad y creatividad son muy grandes,

literaria, dentro del hecho de ser traducciones, nos es más permitido entrar, por utilizar fuentes generalmente latinas bien conocidas e incluso se prosifican viejos cantares de gesta, nos ofrecen un mundo deliciosamente primitivo, diría yo que virginal. Ver convertida la reina de Cartago en su carta a Eneas antes de suicidarse en una dueña abandonada pero celosa de su castidad, emitiendo su canto de cisne antes de morir, nos es más novedoso, más exótico que la dulce Elisa de Garcilaso que también expira como el cisne, aludiendo a un pasaje de Virgilio. Ahora bien, encartando los propósitos subyacentes de los libros históricos, los jurídicos y los científicos, vemos que el rey intenta tomar los ramales todos del universo con el fin de hacer felices y buenos a todos los súbditos que él soñó

fueran todos los de la tierra y que éstos son los que se han convertido en los más poderosos de la tierra.

Eso hace traducir el lapidario para que los omnes lo entendiesen mejor. Y el lapidario lo escribe Judá siendo infante el rey. Y el último libro de señales astrológicas lo escribe cuando ya el rey es casi caduco, al final del reinado. Ahora bien, el rey no pretendió nada que hoy nos resulte extraño. Conjuración la influencia de los astros en favor de un mejor destino para él y sus súbditos era la posibilidad del político y el sabio. Y la sabiduría, obtenida en la interpretación de la naturaleza como una especie de lenguaje divino, genéricamente no puede ser más loable. Ahora bien, que el sabio en que se apoyara fuera judío no ofrece tampoco novedad ninguna. Ya Alfonso VI, el conquistador de Toledo, se hacía acompañar de su médico judío. Y eran judíos todos los médicos de las cortes europeas que eran los encargados de transmitir la ciencia lapidaria. Y en un latín, acusación.

Abstruso y desastroso. Lo realmente original fue precisamente que lo hiciera en castellano y que pensara que su lengua pudiera ser hablada por todos los confines de la tierra. Porque con él se adelanta la gallardía de aquellos españoles que pusieron sitio a Roma, descubrieron el nuevo mundo y, como dice Machado, puso a Dios sobre la guerra. Dejaba en propósitos a la altura de un enano a su abuelo Federico Barbarroja, como él rodeado de estrelleros, porque él no pretendió dominar el mundo por la espada, sino por el conocimiento. Y por la única vía que el conocimiento se desarrolla, la lengua. Ello hubiera significado una conmoción, claro. Imagínate en qué se hubiera quedado el latín vía de cultura ecuménica por entonces. No sin cierta razón hay quien... ..quien piensa que Dante lo metió en el infierno. Sin embargo, en él vemos abrirse y cerrarse como en el infierno.

el sueño mágico del Don Iyan de su sobrino Juan Manuel, el ciclo del universalismo español. Cuando busqué en su día las ediciones o manuscritos que del lapidario se conservaran, encontré una referencia en el manual de bibliografía por demás significativa. Se transcribía allí el comienzo de un lapidario del siglo XIV, recién muerto casi nuestro monarca, escrito en lengua francesa. Decía ser traducción de un lapidario que el rey de España, Alfonso el Sabio, había mandado traducir del árabe al latín. El francés se atribuía la tarea de desplazar el latín en el que, según él, escribía la ciencia española. Yo quisiera hacerme muchas preguntas acerca de nuestro espejismo europeísta, cosmopolita. ¿De cuántas veces compramos manufacturas francesas y de cuántas veces compramos las empresas francesas? ¿De cuántas veces compramos las empresas francesas? ¿De cuántas veces compramos las empresas francesas?

española y más aún su desenfadado maltrato. Pero no tenemos tiempo y además quizás no valga la pena. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

El Señor es el Señor, el Señor es el Señor. El Señor es el Señor, el Señor es el Señor.

Fin Fin